

# EL MERCURIO

FUNDADO POR AGUSTIN EDWARDS

## Asesinato de Jaime Guzmán

El asesinato de Jaime Guzmán por un grupo de extrema izquierda ha conmovido profundamente al país. El horrorizado rechazo de todos los sectores políticos se ha expresado, como en pocas oportunidades, en términos claros e inequívocos. Tan extendida reacción puede haber estado influida por la fuerte impresión provocada por la actuación despiadada de los terroristas, pero, a no dudarlo, el rechazo unánime al atentado guarda íntima relación con la extraordinaria personalidad del desaparecido senador de la Unión Demócrata Independiente.

El senador Guzmán fue un hombre de excepción. Su actividad política siempre estuvo para él enmarcada en su profunda fe católica y fue ésta la que orientó todos los pasos de su vida. Desde sus actuaciones como dirigente estudiantil en la Universidad Católica —durante el difícil período de la reforma universitaria—, hasta su última misión, como Senador de la República —en esta etapa de lucha por la consolidación democrática—, las tareas que emprendió Jaime Guzmán siempre tuvieron para él una raíz espiritual y un sentido trascendente y superior.

Hombre de sólidas y profundas convicciones, defendió sus ideas con fervor y con talento. Su inteligencia lúcida le permitió hacer frente con éxito a circunstancias políticas muy adversas. Dotado de una excepcional capacidad de palabra, se convirtió en un polemista de primer orden, capaz de comunicar sus ideas en forma persuasiva aun en las condiciones más difíciles. Fue respetado por sus adversarios y admirado por sus seguidores, por su capacidad para escuchar y considerar el pensamiento ajeno, sin claudicar jamás en la defensa de sus propias ideas.

En sus últimas actuaciones, Jaime Guzmán advirtió sobre el peligro del terrorismo con su característico coraje y sin medir las consecuencias personales que podría traerle su actitud. Siempre

lo hizo así. Pero esta vez, las sombrías e incomprensibles milicias terroristas llevaron adelante sus publicitadas amenazas, ante la impotencia de una ciudadanía anhelante de paz. Su desaparición constituye una pérdida irreparable que no sólo lesiona a su partido, sino a toda la renaciente democracia chilena. Para la opinión pública, Jaime Guzmán era la principal figura de la oposición y su asesinato significara necesariamente un desequilibrio difícil de corregir en el debate político actual.

Para las autoridades de Gobierno, la muerte de Jaime Guzmán representa un gravísimo problema. El atentado —el primero que afecta a un senador en toda nuestra historia republicana— ha venido a confirmar las aprensiones de distintos sectores del país sobre la creciente ola de terrorismo. El primer año del Gobierno democrático se ha visto empañado, lamentablemente, por el mayor número de atentados terroristas registrados en nuestra historia, según las informaciones oficiales de la policía. Hasta hace muy poco tiempo las autoridades no reconocían esta realidad, que hoy se ha hecho patente en forma tan dramática.

El Gobierno, justo es reconocerlo, ha reaccionado con firmeza, pero se ha perdido un tiempo valioso por la falta de preparación para enfrentar este peligro enteramente previsible. Ni el programa de Gobierno, ni los planes preparatorios de la Concertación consultaban el problema del terrorismo. La creencia de que éste desaparecería con la llegada de la democracia no tenía fundamentos en la experiencia internacional, pero igualmente se impuso entre los políticos que hoy forman el Gobierno. Para proceder con eficacia, bueno sería que reconocieran este grave error y cambiaran fundamentalmente su diagnóstico sobre el peligro terrorista. De lo contrario, el país quedará expuesto a enfrentar nuevas tragedias como la que hoy enluta a todos los chilenos.

18  
CG

EL MERCURIO  
03-04-1991

19910403